

Frente libertario

Madrid
20 octubre
de 1937

Núm. 322

editado por el comité de defensa confederal -:- región centro

AYUDA INTERNACIONAL DEL PROLETARIADO

No es necesaria. Pero para obtenerla hay que dar a los proletarios todos un mínimum de garantías de que en España se defiende la Revolución, y no una posición ególatra y particularista

España, la España leal y revolucionaria, lleva bastantes meses mirando al exterior e intentando percibir en el exterior síntomas que demuestren que la actitud de los demás países del mundo en relación con la guerra que en nuestros campos se está ventilando tiende a cambiar. Tanto el Gobierno como el pueblo, buscan más allá de nuestras fronteras esos síntomas; y la única diferencia que existe es que, en tanto el Gobierno busca en los Gobiernos de otros países ese cambio de actitud a que nos acabamos de referir, el pueblo lo busca entre las mismas masas proletarias extranjeras. Y en este momento, sin dejarnos llevar de un apoliticismo más o menos fundado, creemos que se puede afirmar de una manera rotunda que la posición acertada — también ahora — es la del pueblo. Porque única y exclusivamente de los proletarios de todos los países del mundo es de donde puede llegarnos un apoyo eficaz y efectivo en nuestra lucha contra el fascismo.

Ahora bien; el proletariado mundial tiene matices diversos; entre los obreros de todo el mundo existen posiciones distintas; y naturalmente, los defensores de una de estas posiciones se avienen mal a apoyar a quienes tienden a destruir a los que como ellos opinan. Ya incluso no vamos a discutir sobre si sus posiciones son o no ciertas, sobre si sus ideas se ajustan o no a la realidad del momento; lo único cierto y sobre lo que no queda lugar a dudas es que esas posiciones existen; existen y pesan en el ánimo de grandes núcleos revolucionarios extranjeros.

Y preguntamos: ¿Se ha dado a esos grupos la sensación de que en España se respetan todas las opiniones y todas las posiciones con tal de que sean revolucionarias y tiendan en primer lugar a

la lucha contra el fascismo? No; evidentemente, no; rotundamente, no.

En España se ha desconocido toda orientación revolucionaria que no aceptase sumisamente los postulados gubernamentales; se ha procurado por todos los medios, lícitos e ilícitos, mermar su prestigio y reducirlas en lo posible a una condición inferior dentro del marco de las esferas políticas españolas; y en algunos casos se ha llegado a una persecución sectaria y cruel, que, tendiendo al aniquilamiento total del grupo opositorista en cuestión, garantizase en manos del equipo gobernante la mayor suma posible de resortes de poder.

Y claro está, en estas condiciones, la ayuda internacional del proletariado se ha limitado a aquellos sectores que ideológicamente se encontraban de acuerdo con la línea política que los gobernantes españoles seguían y representaban. De donde resulta, lógicamente, que, a causa de esta parcialidad manifiesta, se ha perdido primero la simpatía y después el apoyo de todos aquellos proletarios que no se encontraban identificados con esas orientaciones políticas de tipo monopolizador.

Urge poner a esto remedio inmediato; urge recuperar la confianza del proletariado internacional, de todo el proletariado internacional, si no queremos exponernos a arriesgar gravemente todo lo que hasta ahora hemos conseguido y lo que la victoria en la guerra puede procurarnos. Y para recuperar esa confianza, que tan necesaria nos es (tan necesaria que sin ella no podemos contar con la ayuda de todo el proletariado internacional), lo primero que es preciso abandonar es el sectarismo.

Ese sectarismo que tantos males nos ha causado y que tantos males nos puede todavía causar.

Flechazos CATALUÑA

Muchos han sido los sectores de opinión antifascista que han venido sufriendo sucesivamente los más duros ataques por parte de adversarios que, injustamente, se llaman a sí mismos revolucionarios; y esta ofensiva hace meses que se ha centrado sobre Cataluña, pretendiendo arrebatarse la autonomía

a la región, y desconociendo la aportación gigantesca y meritisima que Cataluña ha realizado para el triunfo de la causa popular.

Prescindamos ya de la actuación del proletariado catalán en las primeras jornadas del movimiento; prescindamos de aquel aplastamiento instantáneo que sufrieron los rebeldes en Cataluña, que quizás fue una de las causas principales que dieron el triunfo a la clase trabajadora. Pero es que después Cataluña ha puesto en línea de combate a miles y miles de sus hijos; es que de Cataluña salieron las columnas — las mismas columnas — que hoy presionan fuertemente en tierras aragonesas; y, sobre todo, es que Cataluña ha puesto a contribución toda su capacidad productiva e industrial y ha hecho posible la existencia en España de una industria de guerra

que, sin duda de ningún género, ha llegado a ser uno de los factores decisivos en nuestra guerra. La retaguardia catalana ha sido la que ha dado un mayor rendimiento para la guerra y para la Revolución; y esto, que no puede desconocerse, no puede tampoco dejarse sin compensación.

Esa compensación debe ser el respeto para Cataluña; máxime, porque, cuando no se ha hecho todavía más, ha sido por razones totalmente ajenas a la misma Cataluña.

Al hablar así, es preciso también consignar que no nos guiamos al hacerlo por móviles de tipo nacionalista catalán; no somos separatistas, sino que somos, por el contrario, los más recalcitrantes enemigos del separatismo. Pero una cosa es el separatismo y otra muy distinta, completamente distinta, las campañas que se llevan a cabo,

PROFILAXIS

Desde luego, cada vez estoy más asombrado al comprobar, cada nuevo día, hechos que, a no ser porque los veo y hasta los padezco, me resistiría a creer. A veces, yo mismo me creo víctima de una pesadilla y me cuesta mucho trabajo hacerme a la realidad. Y el caso es que, cuando yo recobro mi consciencia «completa», me hallo («asombrosos») en Madrid. Y, claro, que yo sepa, Madrid es «nuestro» aún. Vamos, quiero decir que nuestra heroica villa (y ahora hasta «camaleónica») está dentro de la zona «leal». Esto de leal también tiene sus infiltraciones, tantas, que los posos se han quedado dentro y los componentes cristalineros han sido expulsados del casco. Por eso no tiene nada de extraño que nosotros realicemos una incursión, de tarde en tarde, por nuestro querido Madrid y se nos caiga el alma a los pies al encontrarle tan mal tratado; tanto por los del otro lado cuanto por los que se han quedado dentro disfrazados, que son mucho más refinados y furibundos que sus congéneres de allende.

Pues, sí, camaradas: es cierto; ningún antifascista sincero (de los de solera) ignora que estamos minados. No solamente no lo ignoramos, sino que conocemos a esta amalgama de topos, sabemos los remedios profilácticos y no los empleamos.

Yo jamás llegaré a comprender el por qué asistimos y fomentamos nuestro propio suicidio con esta impasibilidad que nos caracteriza. Parece como si hubiéramos perdido la noción del peligro, o como si nuestra existencia nos im-

portara un pepino. Peor aún: se la entregamos estúpidamente a nuestros verdugos. Esto, a manera de prólogo, viene a que en Madrid hay una «Empresa» que se dedica al transporte de viajeros a distintos pueblecillos de la Sierra.

Esta «Empresa», que ahora está regentada por «obreros», comete una de abusos, que no tiene límite. Por llevar una garrafa de vino a una distancia de 50 kilómetros, cobra 5 pesetas, y por traerla de vacío, 3,50. Así que, el que tenga un familiar en cualquiera de esos pueblecillos y quiera permitirse el lujo de mandarle este bestible, le cuesta: 16 pesetas del líquido, más 8,50 del porte; total, 24,50. Esto en lo que respecta a esta particularidad concreta, que todavía hay más, y que me parece que está dentro del Código penal.

Los viajeros que han de utilizar los mencionados autobuses, tienen que proveerse, el día antes, del correspondiente billete. Pues bien: la hora de salida la dan verbalmente y, claro, como resulta que venden más billetes que personas caben (a más de ir llena la abaca), cuando van algunos con su billete correspondiente, comprado el día antes, y a la hora convenida, resulta que el coche ha salido, y el presunto viajero que se queda en tierra y con el billete invalidado.

Muchos abusos son los que comete la «Empresa» referida, en poder de sus «obreros». Y no estaría de más que, a quien compete, se diera una vueltecita por el domicilio de estos elementos, sito en García de Paredes. Seguramente que todos llevan la mar de carnet; pero la austeridad antifascista no la veo por sitio alguno.

VISADO POR LA CENSURA

Cómo viven y piensan los prisioneros italianos de Guadalajara

Publicamos la siguiente carta que un soldado italiano, caído prisionero en manos de las tropas republicanas en Guadalajara, ha enviado a su familia en Italia y que ha sido reproducida por «La Voce degli Italiani». Ella expresa el estado de ánimo de los hijos engañados del pueblo italiano renovado en el contacto directo con el Ejército y con el pueblo español y particularmente con los combatientes italianos de la Libertad:

«El Gobierno italiano, después de habernos mandado a España, parte con la promesa de una buena paga y de un óptimo tratamiento, parte con el truco del Africa oriental, no quiso hacer saber al principio a nuestras familias dónde nos encontrábamos; luego, cuando caímos prisioneros, pretendió interceptar las comunicaciones que el Gobierno republicano español emitía en todo el Mundo para comunicar los datos de todos los prisioneros, y, donde, pudo, divulgó la noticia de la muerte, causada por fusilamiento, de todos aquellos que habían caído prisioneros en Guadalajara.

Habiéndose buscado más tarde de la manera de hacer llegar cartas de los prisioneros a Italia, el Gobierno fascista, si bien con retraso, buscó la manera de poner un remedio a este nuevo desastre moral, y comenzó la caza a la correspondencia dirigida a las familias de todos aquellos que él sabía estaban prisioneros.

En muchos casos, tal maniobra le ha dado resultado, y hay todavía hoy en Italia centenares de madres y de esposas que lloran la muerte de sus seres queridos e imprecán contra aquellos que, por el contrario, nos han recogido y cuidado y nos mantienen todavía en vida, tratándonos realmente como hermanos y buscando el facilitarnos la manera de poder comunicarnos con nuestras familias.

Yo soy del número de los dados por muertos. Se ve que, para un Gobierno que, según la Prensa italiana, goza de la confianza de todo un pueblo de 44 millones de personas, pocos centenares de soldados, mandados al matadero sin una causa, constituyen un grave peligro y pueden, a pesar de todos los vótores, constituir un serio peligro para el fascismo, el cual teme que, sabiéndose la verdad sobre lo que hemos visto en esta España, el rugido de nuestro pueblo podría ser tan potente, que hiciera derrumbarse, de una vez para siempre, esta torre de mentiras y de engaños que, como un incubo, pesa sobre los trabajadores italianos. Pero esto no hace más que acrecentar mi odio contra quien me ha constreñido a una vida que no deseaba y que, después de haberme mandado a hacerme matar para llenar los bolsillos de unas cuantas sanguijuelas, no da todavía a mi familia lo que había prometido, haciéndola vivir en un estado de miseria degradante.

Confieso, si no fue la idea de la lejanía de mis seres queridos, que estaría casi reconocido a quien me ha mandado a España y me ha ofrecido el medio de

abrazar una vida de justicia que en mi tierra ha sido siempre combatida.

Creo que no regresaré a Italia si no con un fusil en la mano, para revolverme contra nuestros verdaderos asesinos y dirigir hacia ellos las armas que nos han hecho empuñar para combatir a este noble pueblo.»

¡HAY QUE TERMINAR CON LAS DIETAS!

Cuando hace unos meses los centros oficiales, los Bancos, Compañías, etc., se trasladaron, en parte, a Valencia, al personal trasladado se le concedió diez pesetas diarias de dietas, como compensación del traslado, y se siguen pagando, a pesar de estar ya todo compensado, incluso los gastos de viaje que también se les pagaron además de las dietas.

A los compañeros que nos hemos quedado en Madrid, no nos alcanzaron estas diez pesetas diarias de plus, de donde resulta que a los que aquí estamos expuestos a mucho mayores riesgos de guerra que los que se están en Valencia y a los que sufrimos, además, en mucha mayor escala la carestía de la vida, a nosotros, no se nos da esta compensación, a pesar de que aquí se pasa mucho peor por todos conceptos.

¡HAY QUE TERMINAR CON LAS DIETAS!

Y así está el asunto, sin que ni una sola voz se levante para corregir este abuso.

El aumento de gastos de los de Valencia es relativo, pues también allí se han utilizado pisos abandonados y casas que no se sabe de quiénes son y nadie pasa el recibo, y en cuanto a los comestibles todos sabemos que lo poco que aquí nos llega viene de allí, de origen o de tránsito, y que si han valido quince, aquí nos llegan a cuarenta. Esta es una verdad como un sol, porque, quien más quien menos, todos recibimos raciones, encargos y paquetes de Valencia.

Entonces, ¿a qué se espera para poner fin a esta anomalía? Si se han concedido pluses por el aumento en el costo de la vida, que se supriman las dietas, y si no se suprimen, que se nos paguen también o que se nos traslade a todos a Valencia.

Escojan, pero pronto.

Escojan, pero pronto.

Los gansos del Capitolio

Esperábamos el gesto mussoliniano. Todavía no se da por seguro que el hijo volador del aduce venga a adiestrarse como bombardero y observador de ruinas sobre nuestras ciudades, pero es lo mismo que si ya lo hubiese realizado. La mala intención no le falta a este engendro de la demencia fascista, a quien se le atribuye la destrucción de los poblados abisinios y una especie de relato macabro de semejantes proezas, donde se destaca con rasgos violentos el sadismo del joven autor.

Bien pudo entonces acreditarse de experto asesino operando sobre rebaños de inermes africanos y en un cielo limpio que ningún avión enemigo le disputaba. Volaba al amanecer sobre las idílicas cabañas de pastores y aseguraba el blanco de las bombas incendiarias. Seguía luego ametrallando por la llanura las cabecitas risadas de los pequeños etíopes, que, en su espantosa huida, con las blancas vestiduras, parecían bandadas de palomas alicortadas.

Luego le hicieron el favor de que regresara a Roma, cuando el mal tiempo cambió en algo más dura la campaña de la conquista, y entró en la ciudad eclesiástica y dictatorial como un héroe legendario.

Su vida de vástago esclarecido ha venido a ser, por voluntad paterna, un truco más de los muchos en que la propaganda fascista se muestra hábil especuladora.

Todos lo hemos visto retratado junto al piloto Biseo, que ganó para la familia mussoliniana uno de los primeros puestos en la carrera Istres-Damascos-Paris, de cuyo viaje Bruno Mussolini conserva tanta gloria, que, según parece, está dispuesto a venir a España con el ya célebre aviador carrerista, a ver desde lo alto cómo se comportan las flechas italianas de todos los colores en la tierra del Gran Capitán.

Osar, atreverse, vivir en constante peligro: son palabras más o menos dichas en ese tono grandilocuente que el suave idioma de Dante ha adquirido en estos últimos tiempos y que marca la altura barométrica de la presión moral a que Benito I ha querido someter a sus esclavos, no quedándole ahora otro remedio que el de ampliarla hasta sus familiares. Como los Césares y como Napoleón, irradia su aureola de omnipotencia sobre los hijos de una coyunda forzada y pretende a toda costa que ellos también sean famosos violentando incluso las leyes biológicas de la herencia.

He aquí de qué manera va a transformar a linfáticos muchachos, que, a pesar de su tara, habrían podido ser hábiles confiteros, ejemplares sacerdotes o simplemente hijos de papá, en atrabiliarios continuadores de una existencia maldita que está bordeando el abismo con su delirante ambición.

Aquí te esperamos, Bruno Mussolini, el del vuelo rastrero que necesitas hábiles aeronautas para elevarte. Sabemos lo que puedes dar de si en el oficio que tu padre quiso imponerte. Aquí encontrarás, si verdaderamente te atreves, unas águilas que no son las litorias, pero que van ciertas a hundir sus garras en el corazón de quienes se aventuran a desafiarlas. No creas que esto es Abisinia, ni, mucho menos, el circuito domesticado del Mediterráneo que aspiras a dominar.

Vendrás a España, si el Consejo de familia lo decide, y verás lo que nunca en tu vida imaginaste. Un pueblo en pie, que no necesita garcos como tú para despertarse y que, si te coge a tiro, tendrá la satisfacción de enviar a tu augusto padre la máscara de tu rostro abotargado, junto a las impresionantes fotografías de los bellos niños españoles que la metralla fascista les cortó las risas y los sueños para siempre.

VISADO POR LA CENSURA

RUTA INCOMPREENSIBLE

En la plazuela del Angel, número 1 (según nombre antiguo), hay una papelería, donde tuve necesidad de entrar, el día 11 del corriente, a comprar un ciento de cuartillas. Entré, y las había; las pido, y me sacan un paquete, diciéndome que, como las mandan de la fábrica por kilogramos, ellos no las pueden vender no siendo de este modo. Total: que, necesitando yo un ciento de cuartillas, me tuve que salir de un comercio donde las tenían, porque no les dió la gana de venderlas en menor cantidad de un kilogramo. He de advertir que este papel era para necesidades del servicio de la brigada donde estoy agregado. Luego fui a otro comercio establecido en la misma plaza del Angel, y allí sí me las vendieron. Algunos, la propia autoridad seguramente, me dirán que no estuve acorde con el momento; a lo que yo he de decir que estuve a la altura de los acontecimientos, porque da la casualidad que yo disfrutaba de veinticuatro horas de permiso y, si me entretengo en denunciar a este elemento, naturalmente, se me aguará el permiso. Pero si yo, en un día que voy a Madrid, descubro esta arbitrariedad, las autoridades, que están constantemente en nuestra invicta villa, y precisamente para meter en cintura a estos desaprensivos, ¿qué hacen?

Sin duda, me dirán que tienen otras preocupaciones más trascendentes que cumplir. Eso tendríamos que analizarlo. Lo que todo el mundo estamos cansados de saber (el mundo que merece la pena que subsista), es que el 98 por 100 de los comerciantes son fasciosos. La profusión de carnets no garantiza la conducta del individuo. Estos indeseables, fascistas cien por cien, son mucho peor que los que están frente a nosotros, porque a aquellos se les localiza y a éstos de nuestra brillante retaguardia es mucho más difícil (para algunos, imposible) descubrirlos. Además de estar lejos de nosotros, no nos quitarían el dinero que el Gobierno tiene destinado a los que exponen su vida en las trincheras y a las inexorabilidades del tiempo. Lo que nunca llegaré yo a concebir es esa contumacia en no molestar a los que nos acuchillan por detrás y en tener descontentos

a los que lo dan todo.

Es incomprensible que nosotros, teniendo el bisturí en la mano y siendo los cirujanos del momento, cultivemos este cáncer (comercio), que nos ha salido a nuestra espalda. Desde luego, a los que luchamos desinteresadamente por la emancipación del proletariado; a los que, impelidos por nuestras ideas de emancipación, hemos abandonado un sueldo superior al actual y una situación mil veces más cómoda que la que padecemos, nos cuesta mucho trabajo hacernos comprender que estamos en octubre de 1937. Las preocupaciones de la guerra podrán ser muy grandes y considerar esto que nos ocupa como una nimiedad; pero da la casualidad que para estas pequeñeces hay también agentes que cobran buenos sueldos y que no tienen más misión que perseguir a estos vampiros que, en buena asepsia, debían estar ya suprimidos. Porque la moral del combatiente sufre mucho cuando llega a la retaguardia y se encuentra con tanta podredumbre. Que no me digan a mí que el problema es difícil ni insoluble. Yo lo encuentro sencillísimo. Se dedican seis agentes vestidos de paisano a ir de compras a los distintos comercios de Madrid y puestos ambulantes, y anormalidad que describan, castigo inexorable que te llevas, pues. Claro que esto tiene que ser de verdad y ejemplar, tal co-

mo la pérdida absoluta del «negocio», de la vida, etcétera. Y yo creo que es preferible castigar a media docena de fascistas que tener confusos a todos los antifascistas. Si no se procede así, vamos a pensar muy mal. Los hechos no nos demuestran la solemnidad de las horas que vivimos. Por el contrario, sabemos que a nuestras espaldas hay infinidad de fascistas que no hay quien les moleste, y que, además, son enemigos públicos de nuestra Era. Esto lo saben ya los tontos, sordos, ciegos y... hasta las autoridades. Como que por noventa gramos de avellanas cobran 1,50 pesetas a la salida del «metro» de Tetuán. Por allí deambulará algún guardia municipal. Si no se hace nada en este sentido, no comprendo tanto empleado del Estado, Provincia y Municipio. Si son impotentes para esta labor de saneamiento, en las trincheras podrían hacerla muy bien, en la inteligencia que la máxima molestia en su nuevo cometido sería, cuando más, un mortero; pero, cuando tantos han caído, ¿qué importa al Mundo uno más!

El deseo de los luchadores del frente

Pueblo de verdaderos españoles, que sólo tienen derecho a llamarse así los que luchan en vanguardia y retaguardia en contra del fascismo internacional. Nunca tendrán derecho a llamarse antifascistas los que nada hicieron en beneficio de la causa que con tanto tesón defienden los que ostentan este título.

Compañeros antifascistas que lucháis en la retaguardia con el esfuerzo de vuestros brazos; vosotros que os dais exacta cuenta de lo que sufren vuestros hermanos en los frentes, los cuales estamos juramentados con la promesa de morir antes que dejar paso a los asesinos invasores, los que estamos empujando los fusiles en las trincheras, los que no tenemos nada más que una idea fija, y ésta es el ganar la guerra, os hacemos un llamamiento, y éste es que os unáis todos, como nosotros, en un solo hombre, para de esta forma poder desenmascarar con más facilidad a los gusanos venenosos que se filtran entre nosotros como el topo en las entrañas de la tierra. Ya sabéis, camaradas, lo malos que son estos hijos para las plantas; en cambio, no tienen punto de comparación con el daño que nos hacen a nuestra causa estos que yo llamo gusanos, los cuales no tendrían vida si vosotros hicierais como nosotros, unidos en una sola consigna: unión del pueblo antifascista y guerra a muerte al que no la acepta y trata de dividirnos.